

A Sangre Fría

Ahmel Echevarría

inCUBAdora Ediciones

Michel Houellebecq. Salman Rushdie. Roberto Saviano. Cada uno, desde su manera muy particular de observar la realidad, desde sus personales modos de asociar y producir ideas, ha apostado por la literatura para enunciarlas.

Houellebecq es francés. Rushdie nació en Bombay, ahora posee ciudadanía británica. Saviano nació en Italia. En común no solo tienen la literatura, sino también la manera en que deben vivir para abandonarse a esa suerte de placer en donde no es poca la zozobra. Porque, como bien se sabe, no se trata simplemente de llenar cuartillas.

Sobre los tres escritores pende una amenaza. De muerte. Por el tipo de literatura que han escrito, han de contar con protección. Necesitan una escolta. Armada. Para vivir, para seguir escribiendo.

Por *Los versos satánicos* Salman Rushdie se ganó en la rifa la *fatwa*; el Ayatolá Jomeiní le sacó una tarjeta roja sangre por blasfemo, Rushdie se atrevió a poner en el centro de su colimador al Islam. La lista de acusaciones contra Houellebecq es larga, lo han llamado desde racista a islamófobo, incluyendo misoginia y pornografía. Y si poner en tela de juicio no tanto al Islam, sino a las facciones radicales del Islam puede costarte “el partido”, descorrer el velo de una organización criminal, hurgar allí y revelar su estructura y operaciones tampoco es un asunto baladí.

Roberto Saviano, periodista y escritor nacido en Nápoles en 1979, decidió investigar sobre la Camorra. Hablamos de clanes o familias, de una estructura jerárquica, de una suerte de código interno, de negocios legales e ilegales, de

extorsiones, lavado de dinero, asesinatos, prostitución, drogas. Y de ese loco afán, el de Saviano, que es miembro del grupo de estudios sobre la Camorra y la ilegalidad, colaborador de los periódicos *Il Manifesto* e *Il Corriere del Mezzogiorno*, el resultado fue su libro *Gomorra* (2006).

Sí, el riesgo de comprometerse desde la literatura. El riesgo de alzar la voz, de dirigir el índice hacia un escenario en donde todo no es lo que parece ser. Hablamos de honestidad intelectual y responsabilidad civil. Hablamos del verdadero compromiso del escritor.

Roberto y su escolta estuvieron a punto de morir en la navidad del 2008 producto de un atentado. El napolitano ha tenido la suerte de contar con “tiempo extra” y no poca terquedad. Saviano continuó sus investigaciones teniendo como centro el crimen organizado, el resultado es *CeroCeroCero –cómo la cocaína gobierna al mundo-* (2014).

Tras una introducción en la que demuestra quiénes podrían haber consumido coca un día cualquiera en este siglo y milenio —ese capítulo no está ubicado en Cuba, digo yo, porque menciona, entre otros, a una cajera a punto de vender un billete de lotería, a un policía de tránsito y a un montador que ensamblará un mueble de Ikea—, se adentra en las distintas organizaciones criminales que tienen a la cocaína como producto estrella.

México, Colombia, Italia, Rusia, Estados Unidos como el destino principal de los grandes cargamentos de droga... nombrar unos pocos países a manera de ejemplo. El origen de los cárteles mexicanos y colombianos, la *'ndrangheta* y la *mafia*, el ascenso de esos imperios y emperadores, también el final de algunos como el caso de los grandes cárteles colombianos y su transformación en pequeños grupos, todo eso y más transcurre en estas páginas.

La mayoría esgrimimos una imagen bastante peregrina cuando representamos en nuestro imaginario a estos grupos criminales. Su origen no es otro que las series para la TV y los filmes en donde el polvo blanco (*Candy C*,

Charlie, *Big C* o *Happy Dust* entre otros nombres), la adrenalina, la sangre y la pólvora no dejan de fluir. Como en un río durante y tras la tormenta.

En el libro de Saviano la realidad supera de manera exponencial cuanto acontece en la ficción. Allí los capos no son despiadadas máquinas de matar. Son máquinas despiadadas que piensan más de una vez el momento exacto y el modo para sacar del juego a un sujeto —dos *machos alfa* no pueden coexistir en un mismo territorio—, por cuestiones de rivalidad alguien puede y tiene que morir: disputa de un territorio comercial, agenciarse las mejores rutas para el tráfico, los mejores productos y los clientes que mejor pagan, además poseen un singular don para el mando y los negocios. Expandirse en todos los sentidos. Aprovechar el momento para mover las fichas —hombres, dinero, hombres armados dispuestos a todo, mercancías—, aprovechar los vacíos de poder. Sí, a sangre fría.

¿Cuánto se puede lograr con la literatura?

Desde una obra de no ficción, Saviano, con lujo de detalles, nos sitúa en un contexto imposible de imaginar para alguien que solo cuenta con los lugares comunes propios de los audiovisuales. No se trata solo de sicarios y policías corruptos, sino de un verdadero poder. De situarse, como empresarios, en un contexto global. De explorar nichos de mercado, de ubicar y distribuir con prontitud y fiabilidad la mercancía, de adaptarse continuamente a un contexto en el cual la droga y otras ilegalidades son perseguidas constantemente, variar rutas y modos —barcos, aviones, automóviles, personas sean o no indocumentados—, vigilar y castigar.

Habría de comenzarse con un cambio de paradigma. Por ejemplo, a partir de la cantidad de dinero. Asociamos la droga con grandes sumas de dinero. Pero hablamos de individuos que no cuentan los billetes. Pesan el dinero. Justo en ese punto se abre un universo en donde los límites lo establecen, casi siempre, los grandes hombres de la droga y la guerra —con solo una llamada hay quien puede influir en la economía global—. Y parece no tener

fin. Porque el polvo o petróleo blanco se infiltra en los engranajes de la industria y las finanzas, en la política, en las sociedades del primer y el tercer mundo, o mejor, es su combustible.

Grandes poderes financieros operan con la liquidez del dinero producto de la droga. Con ese mismo dinero financia campañas políticas. Esos hombres cuentan con personas capaces de borrar el rastro que deja el dinero sucio hasta blanquearse, para luego operar incluso de manera legal.

Hablamos de grupos criminales que poseen su propio ejército, hombres con preparación militar típica de comandos élite, alto poder de fuego y alta tecnología. Hablamos también de agrupaciones criminales que han logrado penetrar no solo en el sistema judicial y policial, también los sectores menos favorecidos puesto que garantizan ingresos para nada desdeñables. Y hablamos de aviones y aeropuertos privados, y mulas y barcos y camiones, y narcotúneles. De mercancías en la que la cocaína viene camuflada. De capos que logran evadir condenas, o de condenas cumplidas en cárceles desde las cuales se continúan ejerciendo el poder. Incluso hablamos de submarinos, helicópteros, de casinos y clubes, de negocios con empresas estatales, de personas propietarias de fábricas de armamentos y crías de caballos, de la posibilidad de pagar la deuda de un país con el dinero del narcotráfico, de capos con más poder que el propio presidente de un país.

Hablamos también de narcocementorios, de olas de crímenes, del terror infundido en la población, es decir, hablamos de México. Del ascenso de la mafia Rusa. De narcoestados. De operaciones antinarcóticos que apenas significan nada tomando en cuenta los volúmenes de droga que se producen, venden y consumen.

Roberto Saviano no se ahorra detalles. Menciona nombres, operaciones, maneja cifras, describe un panorama desolador. Con los torturados y los muertos, con los expendedores de poca monta, con los adictos y la miseria coexisten criminales de toda ralea, los Maras, ex kaibiles y las FARC-EP,

oficiales antinarcóticos, agentes dobles. Incluso Cuba aparece como escenario de reuniones de narcotraficantes que deben haber llegado al país con visa de turista.

¿Cuánto puede conseguirse a través de la literatura? ¿Solo una condena a muerte?

Para Saviano, para quien la cocaína ha devenido su propio Moby Dick, su obsesión, “no hay mercado en el mundo que rinda más que el de la cocaína.” Nada produce tanto como el petróleo blanco, ni “siquiera las subidas de acciones récord pueden compararse con los *intereses* que da la coca. En 2012, el año en que salieron el iPhone 5 y el iPad Mini, Apple se convirtió en la empresa más capitalizada que se ha visto nunca en una lista de cotizaciones”. Para ilustrar, el siguiente ejemplo tomado de *CeroCeroCero*: “Si hubieras invertido 1.000 euros en acciones de Apple a principios de 2012, ahora tendrías 1.670. No está mal. Pero si hubieras invertido 1.000 euros en coca a principios de 2012, ahora tendrías 182.000”.

A buen entendedor, con unos gramos de coca basta.